

Anécdotas de la vida de Vicente Blasco Ibáñez
(*La Prensa*, 23-10-1921)

Cuentan que, cuando el conocido novelista denigrador de nuestra raza comenzaba a escribir gacetillas en los periódicos españoles y no tenía muchos medios con que vivir, paseándose un día por Valencia, España, su ciudad natal, en compañía de su esposa, pasaron por casualidad frente a una agencia de máquinas de coser *Singer* y que, como el tema de la conversación entre los dos esposos, era en esos momentos sobre los remiendos que en los pantalones de don Blasco no se daba abasto dar la señora, esta aseguró que solamente con la ayuda de una máquina *Singer* podría tener bien lista todos los sábados la ropa interior y exterior de don Blasco. Con este motivo nació en los cónyuges el deseo de comprar una máquina de coser y ambos entraron juntos a la mencionada agencia. Escogieron una máquina y cuando se les pidió el importe, contestó don Vicente que, como él era un gran escritor podría muy bien hacer propaganda a la marca *Singer* en pago de la máquina que había escogido. Esta afirmación no satisfizo al encargado de ventas y con gran enojo de don Blasco se deshizo la transacción.

Cerca de la agencia de máquinas *Singer* había una agencia de máquinas de coser, marca *White* que por su inferioridad a la anterior, no vendía casi nada; enterose de ello don Vicente y se le ocurrió la idea de escribir artículos gratuitos en favor de la máquina *White*, con el solo objeto de obligar a los agentes de la *Singer* a que le soltaran la máquina que le había gustado, como sabemos. Sucedió que la agencia de máquinas de coser *White* comenzó a hacer algunas ventas de importancia tan pronto como los articulejos de don Blasco salieron a la luz y de ello se apercibieron los de la agencia *Singer*, el gerente de la cual se presentó a don Vicente y le dijo que estaba dispuesto a pagarle lo que quisiera con tal de que dejara de poner por las nubes a las máquinas de coser *White*. Don Blasco lo consultó con la señora su esposa y juntos decidieron aceptar la máquina *Singer* que con anterioridad habían escogido, la que les fue entregada.

Desde ese momento nuestro comercial escritor don Vicente Ibáñez Blasco se volvió una especie de «mesías» de la máquina de coser marca *Singer*, con lo que se asegura que desde ese día, las comadres y amas de casa valencianas solamente usaron la *Singer* para remendar los vestidos a sus esposos y prole, habiendo hecho, por lo tanto magníficas ventas la agencia con lo que don Blasco se echó muchos reales de comisión en los bolsillos.

Fue con ese motivo que se hizo muy amigo de algunos agentes de máquinas *Singer* de Chicago, los que más tarde lo emplearon para que fuera a hacer la propaganda a la *Singer* en la república Argentina. Y don Blasco se embarcó y se dirigió a Buenos

Aires en donde se le recibió, no como agente de la *Singer* sino como escritor de algunas novelas que ya habían gustado en España, se le hicieron grandes recibimientos por las sociedades estudiantiles y mereció los honores de algunas personalidades políticas; lo llevaron a excursiones por los alrededores de la gran ciudad y le mostraron el inmenso trabajo que el gobierno de la República hermana estaba realizando en el ramo de la agricultura y colonización con elementos europeos.

No pasaron desapercibidas las grandes posibilidades de lucro por medio de la compra de terrenos para el comercialista don Blasco, y, con gran sorpresa de todos, suplicó al Departamento de Agricultura se le concediera colonizar una gran extensión de terreno con campesinos valencianos; se le concedió lo que pedía y se le dieron títulos que amparaban una considerable extensión de terreno relativamente cercana a la capital argentina.

Partió don Blasco para Valencia y al llegar allá y comenzando desde luego a reclutar colonos que en gran número salieron para la Argentina a expensas del gobierno de ese país, llegando con felicidad a su destino.

Por su parte, don Blasco, lejos de ocuparse de ese asunto, se entregó a especulaciones hasta que logró traspasar sus derechos a una compañía norteamericana, dejando a los colonos «al garete». Muchos de ellos se volvieron a Valencia y el gran descontento en contra de don Blasco cundió como relámpago, tanto es así, que hasta la fecha y con motivo de lo anterior, don Vicente no puede volver a Valencia.